

Madurez de la luz

(Poesía de Roque Esteban Scarpa)

MARIO RODRIGUEZ FERNANDEZ*

Este hermoso texto de Roque Esteban Scarpa se construye en la mirada, sobre la mirada, a partir del ojo cazado en la penumbra y el color, en el trazo y el volumen. El ojo recorre, atisba, pregunta, dialoga con el cuadro y de pronto caza una luz fugitiva, un aire imponderable, algo a punto de desvanecerse, algo que está y no está allí, una presencia al borde de la ausencia: un fantasma.

El ojo cazado y cazador nos reafirma que no hay escritura sin lectura. El cuadro y el libro son una virtualidad que sólo llega a 'ser' cuando aparece la figura que los completa: el espectador o el lector. Por ello, cuando se escribe o se pinta se piensa inevitablemente en 'el otro', en el interlocutor, alguien que no está visible en forma inmediata en el cuadro o el texto —la ausencia—, pero que le confiere sentido a todo —la presencia—.

Doble fantasma: el que anida en el límite de los espacios en blanco y en el silencio, es decir en el hueco que deja el trazo pictórico y el vacío que media ante la sonoridad de las palabras, y que puede ser capturado solamente por el otro fantasma: el espectador-lector.

*MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. Profesor de Literatura Contemporánea en la Universidad de Concepción. Escritor y ensayista. Autor de numerosos libros: *El modernismo en Chile y en Hispanoamérica*, Nicanor Parra y *La poesía de lo cotidiano*, entre otros. Lo que hoy publicamos es lo que el Prof. Rodríguez leyó para presentar el libro de Roque Esteban Scarpa, en la Casa del Arte. (*Madurez de la luz*. Editorial de la Universidad de Concepción. 1987).

Así en uno de los mejores poemas del libro: *La niña de la blusa azul*, la mirada de Scarpa no se instala en la materialidad del cuadro, sino en ese aire imponderable que lo rodea que no es otra cosa que una virtualidad, un sentido en disponibilidad para el ojo, que puede y no puede llegar a ser una presencia.

Scarpa comienza privilegiando un objeto aparentemente secundario del cuadro: el libro abierto en el extremo inferior de la pintura. Para una mirada inexperta, o simplemente para otra mirada, puede tratarse de un detalle secundario, de un objeto opacado por la figura femenina central, pero el ojo de Scarpa es descentralizador, se ubica en la periferia, en la marginalidad de la propuesta pictórica. Desde ella va a capturar ese fantasma que mencionábamos, esa presencia sugerida y escamoteada al mismo tiempo.

La actitud de la joven pensativa, ensimismada, mirando hacia el lado opuesto de donde yace el libro, está motivada, según Scarpa, por la revelación de la lectura. ¿Qué ha leído allí la joven? ¿Por qué ha abandonado el libro? El texto adviene, de ese modo, a motivo central de la pintura. En este sentido el poema no es una descripción del cuadro, ni tampoco una interpretación subjetiva de él, sino la puesta en escena, mediante la escritura, de un sentido disponible al ojo del espectador.

Scarpa captura y propone una doble dimensión del libro: la faz angélica y demoníaca. La adolescente tierna ha leído sorprendida la buena nueva, la anunciación que contiene el libro. No es necesario entender los términos antedichos dentro del horizonte religioso, ya que lo que se propone es una dimensión propia del texto poético: toda poesía contiene una faz divina, es el anuncio de "otra realidad", mejor dicho. Esta 'otredad' transforma a la mujer, la pone al borde de un misterio, que no puede ser otro que el misterio de la existencia. De aquí la actitud pensativa, la mirada baja. Los poemas leídos la han arrancado de la vida cotidiana, la han puesto en otro espacio; porque leer es volverse otro, es destejer los lazos con la realidad para volver a tejer otros nuevos. Lo anterior quiere decir que cuando se abandona el libro ya no se puede volver a ser el mismo. En la lectura nos jugamos contra el deseo, contra nuestro miedo, contra nuestros mitos, contra nosotros mismos, al final, leer no es una operación gratuita, es un acto grave, riesgoso.

Por lo mismo el libro es una "serpiente que vigila", un espacio de signos y grafías que puede susurrar promesas engañosas, que puede mentir encantándonos, que nos inmoviliza, como lo hace la cobra con sus víctimas, para destruirnos. El libro nos puede llevar a los espacios del fuego y la condena, descritos por el Dante, nombrar lo que no se puede decir, hacer presente lo siempre reprimido y censurado, precipitarnos a la locura haciéndonos creer que la realidad no es lo que está frente a nuestros ojos, sino lo que

queremos que sea. La joven ha dejado el libro, después de sufrir la revelación, pero el texto se resiste a ser abandonado y acecha y vigila, porque también está en su naturaleza la necesidad del lector, del mismo modo que el cuadro codiciará siempre al espectador. Decíamos, no hay libro sin lector, como no hay cuadro sin espectador; lo que lógicamente significa, por ejemplo, que hay tantos *Quijotes* como lectores, o tantas *Meninas* como espectadores del cuadro de Velázquez.

Scarpa ha visto en *La niña de la blusa azul* de Eguiluz algo que tal vez ninguno de nosotros veríamos, porque es un fantasma fugitivo en *Madurez de la Luz*: el fantasma de la figura que llamamos leer o escribir, ya que al fin de cuentas ambas operaciones se confunden. Porque, ¿quién es el primer lector de un poema sino su autor? ¿y el primer espectador de un cuadro no es acaso su propio creador?

Esta puesta en escena de la escritura-lectura se abre con el primer verso en que la palabra escrita se propone como un haz de luz o de humo que deslumbra la vida, entrando por los ojos, y detiene la realidad en un momento de dolor o esperanza. La poesía como rayo súbito que reduce a cenizas la vida cotidiana, es una bella imagen y una profunda intuición de la capacidad de la literatura para trastornar la habitualidad de la condición humana. Scarpa se admira de estos poderes de la palabra escrita, que explicarán toda la configuración del cuadro y el privilegio del lugar aparentemente marginal que ocupa en ella el libro. Esta admiración presupone una fe en la palabra poética, una suerte de fetichismo de ella, muy propia de la poesía moderna:

*Ah, este humo o esta luz de la
palabra escrita
que, por los ojos, entra, como
súbito rayo que incinera
la vida.*

En la estrofa que sigue se pone en evidencia la asombrosa capacidad de la imaginación poética que completa o llena una ausencia del cuadro. En el libro alcanzamos a percibir dos trazos confusos que equivaldrían a las dos páginas abiertas, pero el poeta ve allí los versos de un poema que ha leído la joven, mejor dicho, escribe en el hueco un poema, completando y modificando, al mismo tiempo, el cuadro de Eguiluz. Allí donde no se puede leer nada, Scarpa lee "el humo y la luz" de la palabra escrita.

Pero no basta con imaginar que el libro está escrito, ya que la observación más elemental del cuadro desmiente la posibilidad. Contra esta lógica

de lo que está y no está, esgrimimos la idea postulada al comienzo: la idea de que la ausencia convoca a la presencia, de allí en el hueco de la pintura, en los intersticios de la palabra, se instala el doble fantasma: lo desvanecido o a punto de desvanecerse y lo que debe ser completado por la mirada del fantasma inevitable del cuadro o el texto: el espectador.

Pero Scarpa complica imaginativamente más el juego. Las palabras, los signos, la letra han sido 'robados' del libro por los ojos de la joven:

*En el libro abierto, la poesía se
queja en dos lagos
de pálidas sombras, cuya agua de
luces se han llevado
los ojos de esta joven de blusa
azul, tan pensativa.*

El poema ya no está en el libro, sino en la mirada de la mujer. El pintor ha inmovilizado en el cuadro ese precioso instante que sigue al "despojo escritural". Scarpa descongela el tiempo presente de la pintura —para ella no puede haber otro— y retrocede a la (pre)historia de lo representado, única manera de explicarse lo acontecido. En la representación espacial se introduce el tiempo: algo que hace un instante estaba, ya no está allí (la escritura). Al mismo tiempo, el poeta inaugura otra metáfora de la lectura. La niña se ha apoderado del texto, aunque también podríamos decir que el texto se ha apoderado de ella. Leer es aquí un acto total, no sólo se descifra la letra capturándola con la mirada, sino que se la borra para otro posible lector. Pero la lectura borrada reaparece en la fisonomía de la mujer, anulando así el egoísmo lectural. El rostro, los cabellos, las cejas que vuelan, la mirada caída sin destino, el conjuro del pensar y sentir, son todos signos que indican la índole de lo leído; si el texto se ha borrado: *la mujer ha pasado a ser un texto*. Scarpa nos sugiere que el cuerpo también lee, que no sólo lo hace la mente. Un ademán del cuerpo del lector —una mirada de soslayo, una mano que descansa en la falda— permite acceder a la secreta identidad de lo leído. Por ello la borradura es inútil, siempre se puede leer a través de ella.

Por el cuerpo sabemos que lo que leyó la niña de blusa azul es poesía y poesía de queja, de misterio, de sueños, poesía que conjura el dolor y la esperanza. ¿Para qué reproducir la escritura del libro abierto, si todo el cuadro ha sido invadido por el libro?

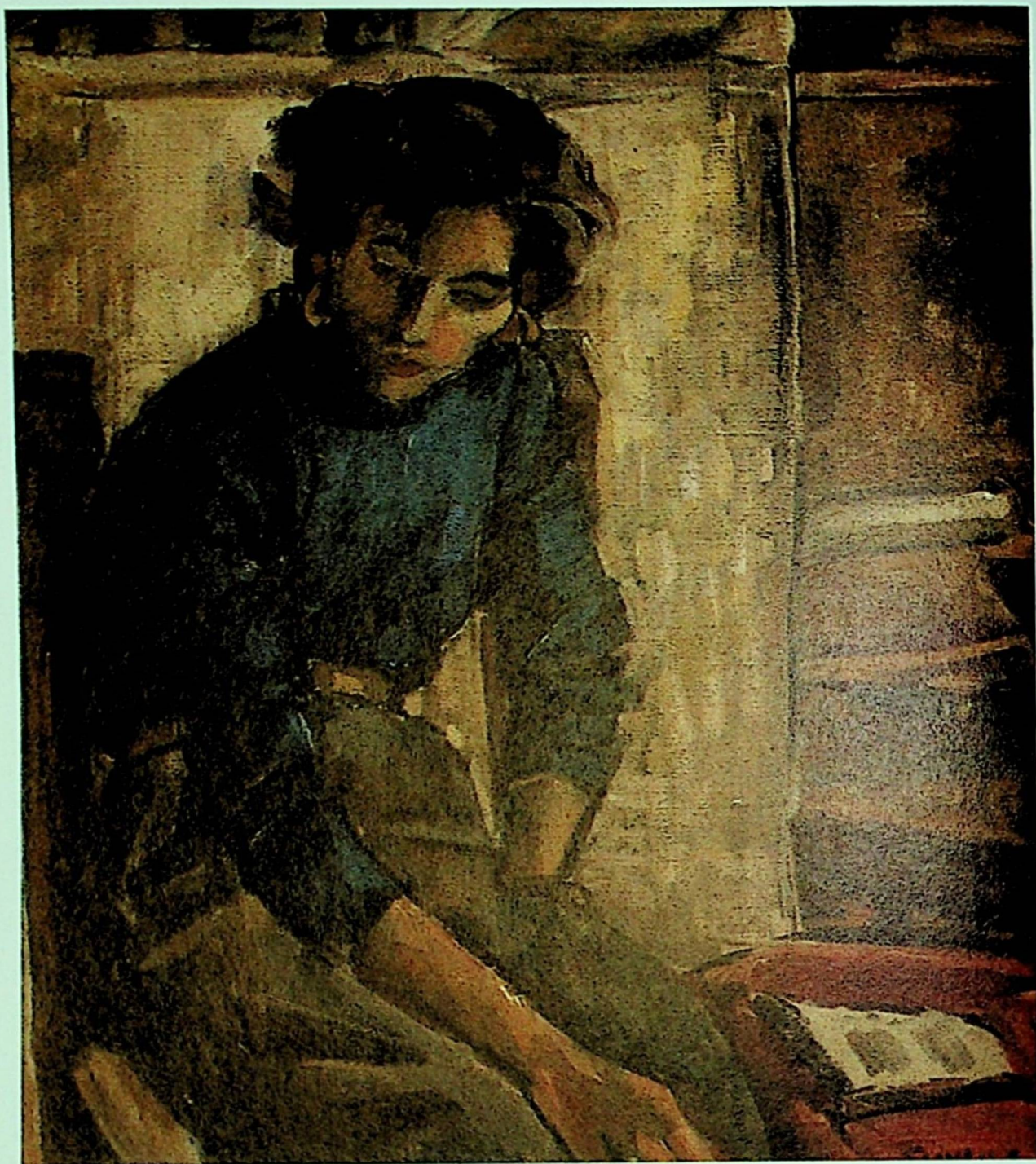
Si de algo vale lo dicho, podemos concluir que los poemas de *Madurez de la luz* nos enseñan a ver, nos muestran sentidos ignorados de los cuadros y también, o mejor dicho, por sobre todo, nos indican la madurez de un

poeta. El libro es entonces un bello y sugerente resultado del diálogo que el poeta Roque Esteban Scarpa mantuvo por algunos días con el intertexto polícromo de la pintura chilena, en el escenario de este contexto cultural que es la Pinacoteca de nuestra Universidad.

NOTA: A continuación reproducimos el poema *La niña de la blusa azul* de Roque Esteban Scarpa y el cuadro de Augusto Eguiluz en que se inspiró el poeta.

LA NIÑA DE LA BLUSA AZUL

Ah, este humo o esta luz de la palabra escrita
que, por los ojos, entra, como súbito rayo que incinera
la vida, la detiene asombrada, o como sueño
que despierta fluyentes fuentes de espinas o esperanzas.
En el libro abierto, la poesía se queja en dos lagos
de pálidas sombras, cuya agua de luces se han llevado
los ojos de esta joven de blusa azul, tan pensativa.
El cielo de su blusa es de anochecer que adviene
y sobre él cae el rostro de adolescente tierna
sorprendida por anunciación que en el ángel del libro
tiembla. Cae el cabello sobre la frente y sienes
en rebelde tormenta. Caen los anillos dorados, densos,
de abiertos ojos, desde los lóbulos de las orejas,
mientras la sorpresa de las negras cejas, vuela.
Cae la mirada sin llegar a destino y los brazos
semidesnudos caen a la tierra como si al conjuro
del pensar o sentir de ella alguien estaría pronto
a surgir con su misterio. La esperanza se ruboriza,
en las mejillas y en los labios se enciende, presencia
única de la lengua y la vida. Algo se mueve
tras la ventana abierta. La silla, mira rígida.
La luz huye por las paredes estremecidas.
La durmiente del sueño en su azul se ahoga
mientras se quiebra la arcilla de su falda plegada
y la serpiente del libro la vigila.



La niña de la blusa azul. Cuadro de Augusto Eguiluz, en la Pinacoteca de la Universidad de Concepción. Oleo sobre tela, 65 × 54 cm.